

Simplemente, Picha

¡Que duda cabe!

La Picha Echenique era más que simpática y buena onda.

A un año de su partida, quisimos rendirle este pequeño homenaje, el mismo que ella hubiera rechazado de plano. «Ridículo, no es necesario, para que tanta cosa.» Pero como ya no está, podemos hacerlo sin temor a sus miradas incisivas ni menos a esos pellizcos de monja que recibimos más de una vez y hasta hace muy poco. Además, tenemos la secreta esperanza de que, a fin de cuentas, le hubiera encantado que la recordaran tal como fue: una mujer que amó la vida con todo y que, por lo mismo, tiene mucho que decirnos a los que seguimos aquí.



920
SI 612 p.
2001

«Gracias a la vida que me ha dado tanto»

Violeta Parra

Era SIMPATICA, GENEROSA, MAJADERA, ASTUTA,
PELEADORA, VALIENTE, ASEADA, DEMOCRATACRISTIANA,
SENCILLA, INTELIGENTE, BARRERA, SOLIDARIA,
OBSTINADA, DIVERTIDA, CATEGORICA, OSADA,
GOZADORA, SIN PELOS EN LA LENGUA, PERSISTENTE,
SERVICIAL, VASCA. Era, simplemente, la PICHA ECHENIQUE.
A un año de su partida, este recuerdo –que ella habría encontrado
innecesario– nos parece de toda justicia.

SUS HIJOS

Santiago 8 de noviembre de 2001

Este libro fué posible gracias al patrocinio y la buena voluntad de
Editorial Los Andes



DEBUTANDO EN EL CLUB DE LA UNIÓN, 1937. CON LA FLOR AL COSTADO, EL ÉXITO DEBE HABER SIDO TOTAL.

A pocos días de que se firmara el Tratado de Versalles con el que se ponía fin a la Primera Guerra Mundial, el 23 de junio de 1919, hizo su entrada en el planeta Tierra una niña llamada Magdalena. Curiosamente, lo hizo sin mayor boche. La esperaban en una buena casa de la avenida España, don José Miguel Echenique Correa y doña Josefina Rozas Ariztía: una pareja quitada de bulla que jamás se sospechó lo que se les venía por delante.

Cuando el primer día de clases, las monjas inglesas del Sagrado Corazón de la Alameda vieron entrar a una niñita de ojos y pelo negro, le abrieron los brazos de par en par. Se veía lista y, siendo hermana de la tranquila Josefina, no daría mayores problemas. ¿Cómo iban a sospechar que les tocaría «domar» a la Picha? Pues por entonces ya había recibido el apodo que le puso su adorado «Chinito». El —que tomó una buena parte de su sabiduría y paciencia de haber pasado su juventud rodeado de cinco hermanas mujeres y... Echenique— le encontró cara de perro. Entonces, para molestarla (probablemente en represalia por una de las tantas que ella le debe haber hecho) la llamaba: pich, pich, pich. Y nació la Picha.

1930. El país ya no podía esquivar un segundo más la crisis económica. Don Mi, como le llamó mi papá toda la vida, sacó sus cuentas y, sin ningún aspaviento, comunicó a misia Pina y a sus hijos que se trasladaban a vivir Chiñigue. Las niñitas dejarían por un tiempo indefinido el colegio y se irían al campo con la señorita Lola Ibarra que les haría de profesora particular. Que si aprendieron mucho, todavía está por verse. Que aprovecharon las «vacas flacas» para comer sandía, subirse a los árboles y pasarlo bien, no me cabe duda alguna.

Almirante Barroso 25 las volvió a acoger en la capital. Fue en esa casa, construida por Cruz Montt, donde las Echenique Rozas sacaron su adolescencia y juventud. Porque en esos años, también habían adolescentes, y sin temor a equivocarme, la Picha fue una de las difíciles. Hasta el día

de hoy la tía Pinita reclama, legítimamente, contra su hermana Picha que –como la pilló el desarrollo antes que a ella– le sacaba sus prendas interiores. Cuentan que un día el robo fue a mayores: no sólo tomó sin permiso alguno la pulcra (no la vi, pero me la imagino) faja de su mamá para ver si con ello lograba disimular los kilitos de más, sino que además, negó su autoría en los hechos. «Como Cristo, fui tentada» decía la cartita que le dejó días después a su mamá debajo de la almohada. Ésta, quizás sospechando que quedaban muchas, sólo suspiro.

«Que va decir Ricardo Cruzat si la ve con las piernas al aire. Vaya inmediatamente a ponerse pollera larga», fue la escueta orden de su padre cuando iban saliendo a una fiesta en El Monte. Y la quinceañera obedeció, iclaro que a su manera! Se puso la pollera y debajo de ella dejó el short que le permitiría coquetear con más armas con los conservadores jóvenes de la zona. Un día, fue tanto el amor por unos pantalones que sacó –sin permiso de nuevo– un adorno de Sevrés de arriba de la chimenea para entregarlo en una casa de empeño en la calle San Francisco. «Es que el chiquillo estaba apurado de plata», se excusó. Don Mi, que la quería entrañablemente, esperaba pacientemente que madurara. Por mientras desfilaron por Almirante Barroso el Peco Mandiola, Joaco Ariztía, Héctor Correa, Arnoldo González... por nombras sólo algunos.

SU SOCIEDAD CON EL «PATRÓN LUCHO»

A las 12 del día del 1° de octubre de 1944, con su buen cuarto de siglo al hombro, entró radiante (con el vestido que le había prestado su amiga Teruca Mendez) a la iglesia de los Padres Franceses de la Alameda. La esperaba adelante José Piñera Carvalho, el joven de anteojos que había vivido en París muchos años y que le había regalado nada menos que una bicicleta. Juntos se trasladaron para el barrio alto, aprendieron a sentarse en el qué dirán, a jugárselas por la flecha D.C. y sobretodo, a gozar de la existencia. De cómo el señor narigón de anteojos y la chiquilla morena trajeron al mundo a una guagua rubia, crespita y de ojos verdes que paraba el tráfico es algo que todavía no se entiende. Pero así fue. Llegó la Lupe que alcanzó a gozar de unos añitos de exclusividad. Pues, más adelante, parece que se les echó a perder la televisión o la radio o algo. Entre 1948 y 1950 la familia pasó de una niña amorosa y civilizada a cuatro, incluyendo tres Atilas: Pepe, Sebastián y Pablo.

Fue entonces cuando Piñera, Covarrubias y Lyon, la empresa constructora que había creado el «patrón Lucho», (así llamaba a su marido, porque así lo llamaba la Jovita, esa mujer humilde que la acompañó leal y estoicamente en la crianza de sus hijos) quebró. Un puesto en la recién creada oficina de la Corfo de Nueva York ofrecido por Raúl Saéz se presentaba con la opción del momento así que, para United States los boletos. Sin un inglés fluido ni mucho menos, con 4 guaguas, el patrón Lucho y la Jovita, partieron.

En un departamento en la calle 96, cerca del Central Park, hicieron patria. Y ella no se complicaba. En el verano, cuando el termómetro marcaba 100° Fahrenheit, metía a los niños a la tina con unos juguetes. Y cuando el frío calaba, les ponía los abrigos heredados de los Benavides y al parque se ha dicho. De paso, se fue haciendo de ese ancho y ajeno mundo, que le permitía ser amiga de la reina de Inglaterra y a la vez de la empleada del 8° piso que le ponía las panties cuando ya no podía hacerlo sola. Entremedio, del zapatero español, de la señora de Clodomiro Almeyda y de Zalo Reyes.

1954 no fue un año cualquiera para la Picha. Volvió a Chile y nació Miguel, ese negro que tanto la hizo reír y rabiar. La familia había crecido y ya no cabían en la «burra», esa que amarraban al árbol de afuera de la casa arrendada de San Gabriel. No sólo en el barrio causó furor la liebre Volkswagen azul de los Piñera Echenique. Como la señora Picha iba todos los días a dejar y a buscar a don José –que era piti y jamás manejó– a la Corfo en Moneda 920 iba ofreciendo, a bocinazo limpio, servicio de transporte hasta el centro.

Por fin, con seis hijos y 16 años de matrimonio («ahora todo es diferente» repitió hasta el último) se instalaron en su casa prefabricada pero... propia en Américo Vespucio 842. Dicen que pusieron al borde del ataque de nervios al paciente Jorge Elton quien hubo de cambiar los planos 26 veces. Es que la Picha era muy ingeniosa y se las dio de arquitecto.

Gozando de la vida los pilló en 1964 la campaña presidencial de Eduardo Frei Montalva. Salían como si nada a las manifestaciones en La Alameda y, por cierto, a la marcha de la Patria Joven en el Parque O'Higgins. El triunfo de la «Revolución en Libertad» los llevó al otro lado del Atlántico, esta vez, en calidad de embajadores. De la despedida en el aeródromo Cerrillos ni hablar. Parece que la amigas y las hermanas de la Picha no habían ido nunca a un puerto aéreo. Cuentan que ella –

para poder abrazar, besar y despedirse sin problema alguno de sus «fans»—amarró con un cordel a un poste a sus dos hijos menores. ¿Qué diría la Unicef?

DE CHIÑIGUE A BRUSELAS

Europa los esperaba para conversar de la vida con la reina Fabiola de Bélgica, para recibir al presidente Frei en su gira (ya en esos años habían giras presidenciales) y para acoger al doliente don Nico que llegó hasta el Viejo Mundo a ver a su amada Lupe. Un station fue el vehículo que permitió a los Piñera Echenique recorrer este desconocido mundo. ¡No nos olvidemos que sus orígenes eran La Serena y Chiñigüe!

Y, en 1966, otro llamado de Gabriel Valdés. Se les ofrecía la embajada de Chile en Naciones Unidas. La locura. En el France, por entonces el transatlántico más elegante y grande, la familia se trasladó a Estados Unidos. La Lupe—que ya preparaba su trousseau—, Pepe, Sebastián y el Polo se vuelven a Chile.

En 970 Park Avenue se instalan José padre, la Picha, Miguel y la Pichita. Las visitas de Chile no fallaron. ¡Era que no! Los recibía la acogedora Picha (apoyada siempre por la simpatía y buena mano de la Rosita y la Pinita) que ofrecía su famosa soup de mote y daba personalmente los mejores tours de Nueva York, con el Village y los hippies incluido. Como olvidar las gratas visitas a la embajada de Chile en Washington D.C. donde la prima Olaya y su marido Radomiro Tomic hacían gala de sus excelentes dones de anfitriones. Ahora que ninguno de los dos está con nosotros y pidiéndole expresa autorización a la tía Olaya, me atrevo a decir que fue el hombre que más admiró en su vida, de ahí al amor... un paso. Lo cierto es que fue en casa de los Tomic en Washington donde—ese 4 de septiembre de 1970—seguimos paso a paso los cómputos que finalmente dieron por ganador a Salvador Allende.

El Triunfo de la Unidad Popular—para que nos hacemos los tontos—la puso un poco más que nerviosa. Sobretudo después que hablaba con algunas de sus hermanas que la amedrentaban más de la cuenta, al menos así opinaba mi papá. Y volvimos a Chile. Nos esperaba Américo Vespucio 842 y el matrimonio de Pepe y la Kika, a días de nuestra llegada.

Ya tenía 50 años, era abuela y le sobraban las energías. Un viernes cualquiera de 1971—con unas amigas de la parroquia San Pedro—salió temprano hacia Colón Oriente para iniciar una nueva faceta de su

vida con la que gozó hasta el final. Ayudar y compartir con los que tenían menos que ella. No sólo no faltó ni un solo viernes sino que se dedicó a transmitir de los comedores, de la simpleza y alegría de los más pobres y de las tremendas diferencias sociales en la que vivían nuestros compatriotas hasta la majadera. Y, ¡vaya que era majadera! Basta recordar las cartas que mandaba con la tía Olaya—las últimas fueron despachadas post mortum— para conseguir fondos para la Pascua de los niños de Peñalolén.

Y TUVO UN MILLÓN DE AMIGAS

Entremedio, viajaba. No por placer, porque «la vida no era para darse gusto», sino por deber. ¡Por Dios que le gustaba esa palabra aprendía en las monjas inglesas! Tenía que ir a ver a sus hijos y si éstos vivían fuera, mejor. Allá llegó a Boston y California donde sus hijos y sus nueras a las que—dicho sea de paso—adoró casi en forma exagerada. Primero porque las «chiquillas», léase Kika, Chica Morel y Elena de Vos, eran y son más que queribles, y además porque era pro mujer más que cualquiera de las más grandes feministas de todos los tiempos.

Es que sin estudios ni mucha cultura afrancesada—más bien de reía de ella—la Picha era una mujer moderna, astuta e inteligente como pocas. Moderna porque odiaba los convencionalismos (iba a los matrimonios con las alpargatas de la nana porque así no le dolían los pies); astuta porque—por poner un solo ejemplo—llamaba «linda» a las pololas del Polo. ¿Por qué?—le pregunté y de inmediato respondió: «No me puedo aprender tantos nombres y menos me puedo equivocar, ahí queda la c....» e inteligente porque era capaz de ver debajo del agua, casi en forma excesiva, y de adelantarse a las situaciones. «La Lupita y don Nicolás (por qué lo trataba de don no sabemos. Que mientras más discutían por leseras, más se admiraban es un hecho irrefutable) van a llegar de Graneros con los 6 niños cansados y con hambre, voy a ir a dejarles unos yoghurt y unos huevos».

Era, sin duda, una gran cultivadora de la amistad. Para ella las amigas eran como el onceavo mandamiento de Dios. Las del colegio, las de la D.C., las del grupo de oración—que tengo la impresión rezaban menos de lo requerido—, las «amigas» del Polo (que era un buen lote y la quisieron hartó), las sobrinas, las señoras de los sobrinos, las consuegras las de la Lupita, las de la Pichita, en fin, las AMIGAS, su mayor tesoro. Todos los 22 de julio, después de decir que no iba a hacer nada, que

nadie tenía tiempo, que estaban muy viejas, que no había dónde estacionarse, en fin, después del «chachareo», se alistaba. Un pisco sour de botella (cosa que ponía los nervios de punta al Polo), unos cuantos sandwich de pollo, una torta de la Violeta y nada más, «no estoy para siutiquerías» gritaba. El «salón» se repletaba y ella no quería más.

Nunca quiso mucho al general que estuvo 503 días detenido en Londres. No faltó a reunión de base de su partido (siempre medias secretas) ni a los sittings en su contra. Pero lo mejor, es que en las noches complotaba por teléfono y en inglés. «I have information, think he is going to fall today» fue una frase recurrente en ella desde 1974. ¡Qué buen ojo político!

La verdad es que era un animal político, de esos que esperan ansiosos los programas de candidatos en la televisión y de esos que sólo ven por donde quieren ver. Sino, ¿cómo explicar que encontrara que Frei padre no era tan narigón? O como entender que el Polo le contara, una y otra vez, que la Leonor Oyarzún de Aylwin andaba vestida con muchos dorados y lentejuelas y ella, una y otra vez, gritaba que eso era simplemente IMPOSIBLE. No olvidemos que la susodicha era vasca y... barrera.

Los preparativos para su infaltable semana veraniega en la Casa de Ejercicios de Punta de Tralca con la Juanita Pereira y la Teruca Méndez (antes de la casa del Polo en Cachagua, pues allí parece que le cambió decididamente el gusto) empezaban en octubre. Y cómo no, si incluía traje de baño, puchos por montones, revistas Caras y Cosas enteras rayadas y «cocaví» para la noche porque la madre Astorquiza era más buena persona que banquetera, según copuchaba el trío. La guinda de la torta era cuando el cardenal Silva Henríquez las invitaba a tomarse un café. Porque que eran amigos, lo eran. Probablemente debido a ese rasgo entre excesivamente franco y de gallito de pelea que compartían. Mejor no dar nombres pero, de la noche a la mañana, se hizo de varios enemigos acérrimos –a los que les daba desde miradas asesinas hasta bastonazos– simplemente por haber dicho o hecho algo en contra de uno de sus pollos.

Fue en un camping en Morrillos con los Irarrázabal en 1979 donde le empezaron a doler las muñecas. Nunca pescó mucho su artritis reumatoide deformante, al menos, jamás hizo de principio a fin lo que le indicaban los doctores. A cambio, tomaba los remedios, cuando los tenía, porque «eran muy caros y no sirven para nada», comía chocolates y... salía. Sin ser una mujer de la calle, amaba la calle. En la mañana uno llamaba y, agonizante, decía que no había dormido nada, que estaba

muy adolorida. Preocupada, pasábamos en la tarde para ver como seguía y ¡Oh sorpresa!, había salido. Con la Juana, la Teruca, la Carmita, la Nena, la Marta Rivas, la Olaya y la Estela (infaltable dupla), la María Díaz, la Mena Boltón o la que fuera, lo importante era salir.

Para ello, ese Suzuki gris que decía le había regalado su «chatito de oro» era pieza clave. Cuentan las malas lenguas que vieron a 20 kms por hora, en plena Alameda repleta de micros, al Suzuki con una mesa arriba del techo y 6 o 7 amigas adentro. El volante lo llevaba ella, claro que ese día andaba pésima de las manos... Y sobrevivieron. ¡Dios existe! Es que iban a dejarle la mesa a la nieta de una amiga y de ahí seguían al teatro. Porque, tenía poco billete pero poseía una tarjeta plateada que le había dado su «Polito adorado» (ese amor lo dejó para otra oportunidad) con la que entraba gratis al cine y, como acostumbraba hacer con todo, la aprovechó.

Permítanme transcribirlas la agenda de sus últimos días.

Domingo 29 de octubre: Elecciones Municipales. Se presentó a votar – con la tía Olaya – por un señor al cual no conocía pero que era D.C.

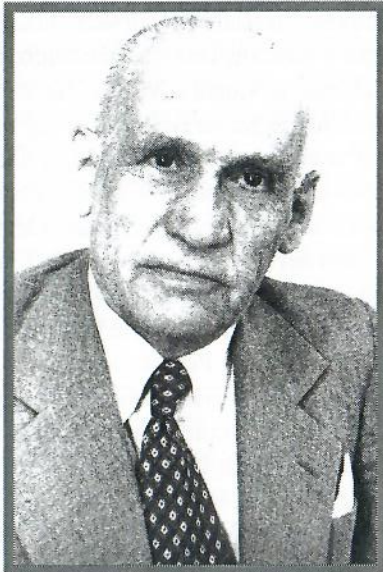
Miércoles 1 de Noviembre: Cocktail de familia Zaldívar Hurtado y Piñera Echenique para planificar el verano 2001 en Caburgua lugar que para ella era «la locura más maravillosa del mundo» y ver si salía algo en las tierras del Presidente del Senado.

Sábado 4 de noviembre: Cocktail en el piso 22 del Hotel Sheraton en honor de escritora Isabel Allende al cual llegó en silla de ruedas. «Isabelita, tengo encima de mi velador tu último libro. Me apronto para leerlo», le confesó.

Domingo 5 de noviembre: cine con Pichita y Gustavo. Vimos la azarosa y diferente vida de Oscar Wilde. Al salir, nuevamente en el rodado que le permitió «estar» hasta el final, comentó: «Fuerte, pero muy interesante. Traíganme al cine siempre, me fascina».

El 7 de noviembre del 2000 en la noche llamó a Damián para que pusiera la televisión porque estaban dando las elecciones en Estados Unidos, luego se comió su flan de caramelo que le trajo su fiel María Antiñanco y se durmió. A la mañana siguiente, –tal como había llegado, sin aspavientos– la mandaron llamar de arriba. Así de simple. Por lo demás, nunca le tuvo mucha confianza al siglo XXI.

Magdalena Piñera Echenique



LOS PADRES DE LA PCHA FUERON DON JOSÉ MIGUEL ECHENIQUE CORREA Y DOÑA JOSEFINA ROZAS ARIZTÍA. A SU VEZ, ÉL ERA HIJO DE JOSÉ MIGUEL ECHENIQUE GANDARILLAS Y DE MERCEDES CORREA ERRÁZURRIZ Y ELLE DE NICANOR ROZAS ROZAS Y JOSEFA ARIZTÍA PINTO. LOS ECHENIQUE ROZAS FUERON SEIS: JOSÉ MIGUEL (CASADO CON XIMENA LARRAÍN); JOSEFINA (CON PABLO CORREA); MAGDALENA (CON JOSÉ PIÑERA); TERESA (CON DANIEL RISOPATRÓN); INÉS (CON ANDRÉS IZQUIERDO); Y CARMEN (CON OCTAVIO SOTOMAYOR). SUS PADRES SE CASARON EN 1911 Y VIVIERON JUNTOS HASTA QUE EL TATA MIGUEL MURIÓ EL 28 DE JUNIO DE 1971. LA ITA PINA LO SOBREVIVIÓ 10 AÑOS. PARTIÓ EL 2 DE ENERO DE 1981.



PINA, PCHA Y TERUCA ECHENIQUE EN EL AÑO 1922. POR ENTONCES, EL PRESIDENTE DE CHILE ERA ARTURO ALESSANDRI PALMA.



CON SU GRAN AMIGA TERUCA MÉNDEZ, CARLOS WEDELÉS Y JOACO ARIZTÍA, UNO DE SUS TANTOS «PINCHES».



DEBE HABER SIDO UN MATRIMONIO, POR LO ELEGANTE. FALTA SEBASTIÁN Y LA PCHITA QUE NO EXISTÍA. SÍ, EL CHIQUITITO PEINADO ES MIGUEL.



VAN SALIENDO A UNA COMIDA EN LA EMBAJADA DE ARGENTINA EN BÉLGICA. LUPE MUY AD HOC PARA LA OCASIÓN. TUVO VARIOS PRETENDIENTES EN EL EXTRANJERO.



DE PELO NEGRO ENTRENANDO A SU «CHATITO» ADOLESCENTE EN LAS NOCHES NEOYORKINAS.



SI BIEN NO ERA UNA COCO CHANEL, TENÍA LA CURIOSA MANÍA DE ZURCIR LOS CALCETINES.



DICEN QUE ÉL CABALLERO QUE LA ACOMPAÑA EN EL NILO PODRÍA SER EL VERDADERO PADRE DE MIGUEL, EN TODO CASO, ÉL LA INVITÓ A ESTE VIAJE.



LA SALUD, ¿IMPEDIMENTO PARA VIAJAR? CON EL POLO Y LA PICHITA EN NEW YORK EN 1992.



1997: LAS HERMANITAS ECHENIQUE CON LA CUÑADA XIMENA EN LA CELEBRACIÓN DE LOS 80 DE LA TÍA PINITA.



LE GUSTABAN LAS SOBRINAS. AQUÍ EN LOS 50 DE LA PEPI CON LA VERO, LA TECHI Y LA PILAR RISOPATRÓN, LA ANGÉLICA CORREA Y LA LE IZQUIERDO.



1988: REFRESCANDO «LAS CARNES» EN GRANEROS. LA FLANQUEAN LA ALE, LA CONI, EL BENJA Y DAMIÁN.



LA LUPE A PUNTO DE QUE LLEGUE EL BENJA, LA PICHITA MILAGROSAMENTE FLACA Y ELLA CON UNO DE SUS TÍPICOS VESTIDOS CAMISERO. ¿QUE LE PASÓ A LAS CUÑADAS CON LOS CINTUROS?



LA «ROSE KENNEDY» CON SU CLAN MASCULINO. ¡POR DIOS QUE QUERÍA A SUS MACHOS!



ESTE CUARTETO DE ANTOLOGÍA. ESTÁ CELEBRANDO LOS 85 DE LA GRAN TÍA MARIE LUISE.

NO CREAN QUE NO LE COSTÓ SACARSE ESTA FOTO. EN EL MATRIMONIO DE LA TITI VIERA GALLO EN 1996, LO LOGRÓ.



¿QUÉ MÁS SE LE PUEDE PEDIR A LA VIDA? CON SUS «NIÑOS» EN UN CRUCERO POR EL MEDITERRÁNEO, ORGANIZADO POR SEBASTIÁN.



EL TRÍO DINÁMICO VERANEANDO EN CACHAGUA GRACIAS A LA PACIENCIA INFINITA DEL POLO.



LAS TRES MAGDALENA CELEBRANDO LOS 40 DE LA PICHITA EN EL ENTRENEGROS.



SÁBADO 11 DE NOVIEMBRE, 2000: EN CASA PIÑERA MOREL DESPUÉS DE ESPARCIR SUS CENIZAS EN LA CUMBRE DEL SAN CRISTÓBAL COMO «ORDENÓ» EN SU CUADERNO TESTAMENTO.

Y llegó el día

Es difícil creer que finalmente llegó el día. Ese momento que ya todos esperábamos, pero que ninguno quería imaginar. La Picha nos dejó como ella habría querido, sin molestar. En un sueño profundo encontró la paz que hace tanto buscaba.

A la distancia me despido de ella, observando una foto y buscando recuerdos en mi mente. Estoy triste, sólo una foto y sus recuerdos me acompañan. Me gustaría estar con ustedes, pero ante la incapacidad de hacerlo les mando a cada uno un abrazo fuerte.

La Picha se fue y junto con ella todo el encanto y magia que la rodeaba. Pero doy gracias porque mucho de ello quedó en nosotros. Será imposible borrar de nuestras memorias sus imágenes y el infaltable «para no molestar».

Picha te fuiste sin esperarme para darte un último abrazo. Tengo que despedirme, pero no sé cómo hacerlo ni qué decirte. Es difícil. Sólo una foto y tus recuerdos me acompañan. En esos momentos, sin embargo, a mi mente sólo acude la palabra gracias.

Gracias por estar siempre presente, gracias por tus palabras y actitudes graciosas. Gracias por ser mi abuela, por tener esa forma especial que te distinguía del resto. Y gracias, sobre todo, por esperar a que fuésemos grandes para partir.

Alejandra Irarrázabal Piñera.

Recuerdos de mi hermana Picha

Siempre me mandaba: «pasado mañana es el día de la Ximena, anda verla y llévale un regalito. Es el día de la Lupe, llámala por teléfono.» En fin, ella estaba encima de la vida de toda la familia, siempre para ayudar.

Cuando yo era una lola simpática me iban a ver varios «pololos». Me acuerdo que una vez me estaba esperando abajo en casa de mi mamá en Almirante Barroso, uno de ellos que tenía un cutis pésimo, tendría 24 y yo 18. Me gritó a toda fuerza. «Teruca, te viene a buscar el alcalde de Graneiros». Yo no quería bajar muerta de vergüenza a pesar de los pellizcos de la mamá de dejar a este joven esperando abajo. A otro que era muy cachetón que también venía mucho a la casa, le puso el cara de puñete, y yo tímida me chupaba y me ponía roja.

Teruca Echenique Rozas

La «Papita»

Le decían Picha, le pusimos Pitita, y la Olivia lo cambió a Papita. Así le decíamos y así la recordamos. Tuvimos la suerte de compartir muy alegres años con ella, de aprender muchas cosas juntos y de reírnos con su gran sentido del humor. Nos mostró un mundo diferente y nos enseñó a respetar a los humildes. Desde niños ella fue nuestro primer contacto con los más pobres. ¡Cómo olvidar esos sábados en la mañana en que íbamos a Peñalolén a repartir las bolsas de jugo Yupi y también cuando nos sacaba a pasear a los columpios de los cobres de Vitacura en el Suzuki!

La gozamos de principio a fin. No ha sido fácil acostumbrarnos sin ella. Jamás nos defraudó y siempre estuvo allí con su alegría y simpatía, sus consejos, sus extremados cuidados preventivos y con su lema de «no molestar en nada» que, a veces, lograba justo lo contrario. Pero, por sobre todo, con su inmenso cariño que la llevó a ser nuestra Papita. Gracias por habernos hecho tus regalones.

Damián y Olivia Valdés Piñera

Su cercanía hacia los otros

Con esta mujer gigante que fue y es Picha para mí, me pasa que no alcanzo a diferenciar entre recuerdos, memoria, experiencia o presencia.

Algo que en ella admiré fue la capacidad de penetración, cercanía hacia el otro, especialmente con los que amaba, entre las cuales me considero. Con sus múltiples preguntas parecía que quería captar y amar todo mi ser. «Elenita, ¿cómo estás? ¿Mucho trabajo? ¿Cansada? ¿Cómo están los niños del CAM? ¿Cómo están las platas? ¿Estás contenta? ¿Pasas mucho frío? ¿Con cuántas hermanas vives? ¿Tienen misa en la casa?»

En una oportunidad Picha me presentó otra gran mujer, es mi amiga y estoy contenta de serlo, es Francisca Aninat. El 8 de noviembre del 2000, me vinieron a visitar y conversamos largo, con el humor y picardía tan propios de Picha. A las 20:00 horas tenía que rezar el mes de María en las canchas. Fuimos las tres. Junto con algunos pobladores, decoramos un arco, en una mesita pusimos la imagen de la Virgen, velas y flores. Rezamos el mes de María e hicimos una corta procesión con la imagen.

Quería mucho la obra del CAM (Casa de Acogida del Amor Misericordioso). Por eso, hemos querido de alguna forma tenerla presente en este lugar: la sala de computación lleva su nombre. ¡Qué capacidad tenía para descubrir y destacar algunos detalles de cada niño! «¿Cómo estás, negrito? Te pareces a mi hijo Miguelito», «Buenas tardes, preciosa» «Les traje galletas. Por favor, repártanlas». ¡Qué decir de todo su apoyo para que los 300 niños del CAM y de las canchas tuvieran unas lindas, ricas e inolvidables Navidades!

Al terminar este relato, siento a Picha muy cerca y continuando sus humoradas en el cielo junto con su hermana Mercedes, buenas y grandes amigas de todas nosotras.

Hermana Elena Chaín

Sus «subversivos» bocinazos

Se me vienen a la memoria algunos recuerdos de la vida diaria de la Picha que nos muestran algunas de las enseñanzas que nos dejó a sus nietos. Primero, su incansable lucha por unir a la familia, independiente de su estado de salud, siempre nos visitaba anunciando su llegada con fuertes bocinazos con algún dejo político. No dejaba de recordarnos los cumpleaños, aniversarios y otros de los miembros de la familia Piñera Echenique. También me llamaba la atención la inagotable hospitalidad que siempre tuvo con todos. Avisarle que pasaríamos a almorzar la llenaba de alegría y no dejaba de hacernos sentir como en nuestra casa, invitándonos a dormir una siesta, ver la teleserie o simplemente comer los chocolates que escondía bajo sus viejos chalecos.

Durante el año que pasé en Washington DC, en 1998, nunca dejo de mandar revistas donde aparecieran noticias de la familia (con sus notables comentarios al margen), pequeños libritos para rezar y sus enredadas cartas que ocupaban el 100% del espacio disponible para escribir, llenas de noticias, copuchas, novedades y hasta uno que otro dato útil.

Nos dejó su gran legado, a través del ejemplo en la vida cotidiana.

José Piñera Aninat

A Picha, recordándola ...

No pienso ni reflexiono, el corazón me dicta silenciosamente lo que pudiera decir de la simpatía, humor, generosidad de mi cuñada y gran amiga: Picha.

La conocí joven, con su pelo liso, corto, pegado a la cara redonda, maliciosa, dueña de toda situación. Un guiño, una sonrisa fácil, un abrazo apretado y su infaltable «gordita», arrastrado, con que me designaba. En ese entonces, me hacía sus confidencias (amorosas) que más me parecían comedias. Nos reíamos las dos.

Después, con los años, confundimos nuestras penas y alegrías. Nos hicimos más amigas, tal vez. El cariño bueno echa raíces, perdura y así seguimos las dos caminando. Ella con su contagiosa vitalidad en la vida, ya sea como embajadora, amiga de políticos surtidos, sobresaliendo con su chispeante trato, rodeada de amigas de todas edades, situaciones, modestas o ricas, ella siempre la misma, comprensiva y abierta. Siguió brindando, hasta el último día, lo que mejor sabía y podía dar: cariño.

Priorizó así la generosidad y la amplitud de criterio por sobre la crítica, la aceptación más allá de las diferencias. Privilegió el gozo de la amistad en todo momento. Nos hacen falta personas como ella, que ni se deslizan ni se hundén.

Ximena Larraín de Echenique

El año ha sido distinto sin la Picha.

Hay que tener mucha maña,
tener mucha raza
y tener fantasías siempre
quien tiene la piel marcada
posee esa extraña manía
de creer en la vida

Ha sido bien distinto porque no he tenido a una abuela que llame todos los días para controlarme, ni un estacionamiento para arrendar, y sobre todo no he tenido a esa Picha que me recibía con los brazos abiertos y un buen almuerzo cada vez que iba a verla (además de los chocolatitos que siempre tenía escondidos, pero que todos sabíamos dónde estaban). No era necesario leer el diario ni ver televisión para enterarse con detalle, análisis incluido, de todo lo que pasaba en el mundo... y en la familia. Porque si había alguien que sabía todo era la Picha. La verdad es que la hemos echado mucho de menos porque nos entretenía, nos mandaba, nos acompañaba, nos quería demasiado... y nosotros también a ella.

Se fue el día que comenzaba el mes de María, el ocho de noviembre, algo que me parece bastante simbólico, como si hubiese elegido el día para morir. Conociéndola... puede ser. ¡Qué ganas de haber compartido con ella todo lo que ha pasado este año! ¡Cómo hubiera gozado!

Por el momento, voy a tratar de contagiarme de su gracia, de su fuerza, de sus ganas, y de esa extraña manía que tenía de, a pesar de todo, creer en la vida.

Magdalena Piñera Morel

Audaz, como pocas

Mi prima Picha era un caso muy especial. No sólo para sus parientes más cercanos sino para todo el que la conociera. A primera vista ya se podía saber que se trataba de una persona rápida, despierta, inteligente y hasta audaz. En los años de esta anécdota yo no vivía en Chile así es que no fui testigo presencial ni parte del cuento, pero ella me lo contó más de una vez.

En una oportunidad estaba reunida con sus amigos discutiendo sobre algún tema y, como no se pusieron de acuerdo, hicieron una apuesta: el que perdiera debería cruzar el Puente del Arzobispo por encima de sus arcos. Supongo que la Picha debe haber estado muy segura de tener la razón porque aceptó valientemente el desafío. Pero perdió, por lo que debía cumplir el pago de la apuesta. Yo habría negociado otra alternativa que me aceptaran como cumplimiento del compromiso, pero la Picha no. Ella estimó que lo había prometido y por lo tanto iba a cumplir.

El Puente del Arzobispo era antes muy distinto del actual, mucho más peligroso. Pero ahí estaba nuestra querida Picha, cruzándolo con toda valentía en frente de sus apostadores que seguramente pensaron que se iba a echar para atrás en su intento. Pagó su apuesta. Los sorprendió a todos y confirmó, una vez más, la inmensa fuerza interior que tenía.

A la Picha no se la puede olvidar nunca. Yo la quiero inmensamente y tuve el privilegio de que nuestra amistad y la de nuestros maridos nos mantuvieron siempre muy cercanas en la vida. La echo de menos como no se pueden imaginar. A sus hijos los quiero como ella quiso a los míos y les pido que no la lloren porque ella está en el cielo contemplándolos con su inmenso cariño y buen humor.

Olaya Errázuriz Echenique de Tomic

Tus puños llenos de servilletas...

Tè fuiste tal como querías, en tu casa, sin máquinas, sin aviso, sin molestar a nadie. Seguramente tenías todo planeado con el Señor, para que te llevara en el inicio del mes de María.

Cómo no acordarnos de las veces que íbamos a verte y sin importar la hora, siempre teníamos algo que comer, aunque fuera un chocolatito. Cada uno de nosotros sintió siempre tu preocupación y conocimiento total de cada miembro de la familia, sabiendo siempre quién llegaba, quién salía y quién andaba viajando.

Nos dejaste miles de recuerdos simpáticos que harán que sea imposible olvidarte. ¿Quién no leyó alguna de tus revistas donde les dibujabas ropa a las mujeres para cubrir sus «partes», tus puños llenos de servilletas, los chocolates escondidos en alguna parte de tu closet, que siempre te delataban cuando llegaba el minuto del pinchazo para medir la diabetes.

Nos enseñaste la simplicidad de la vida. Nunca exigiste nada. Te conformabas con cosas simples y siempre dándole gracias a Dios. Lo que mejor retrata tu amor por los demás fue esa inmensidad de amigos y amigas que tenías: las del colegio, las del grupo de oración, las de la población y todas las otras hechas a lo largo de la vida. En fin, cualquier persona se sentía acogida en tu casa sin importar ni la edad que tenían ni de donde venían.

Gracias Picha por esos gratos momentos que nos dejaste cada domingo que ibas a almorzar a nuestra casa. Gracias por mostrarnos esa perspectiva de la vida que tú tanto quisiste.

Matías Irrarázabal Piñera

De Pedro Pablo a Peter Paul

No basta con tener marido y parir para ser mamá. A mí lo que mas me impresionó de la Picha fue su capacidad maravillosa de ser mamá. Podemos decir que fue audaz, «chora», alegre, gozadora, etc....pero yo quiero dar mi testimonio de cómo yo la conocí y la viví.

Si bien mi madre me bautizó como Pedro Pablo, la tía Picha fue quien me bautizó como Peter Paul. Fue en la década de los sesenta, allá en Nueva York, donde ella me acogió y me hizo compartir junto a sus hijos la vida familiar de los Piñera Echenique. Porque, es verdad que soy amigo de su «Chato de oro», pero me siento hermanado a todos sus hijos.

La Picha no se preocupaba de banalidades, ella estaba siempre pendiente de lo que le pasaba a uno en el corazón. No se preocupaba ni de las notas ni de la ropa, le interesaba como iba uno creciendo en el amor. Estaba atenta a las pololas, las quería a todas, les regalaba cositas, las llamaba, las aconsejaba. La Picha se preocupaba por nuestra alma, por nuestra fe, por nuestro apego a Jesucristo. No importaba de qué forma o por qué camino, lo importante era que amáramos al Dios verdadero.

Ella también participó de mi hogar, quiso a mi Verónica y a mis hijos. La llevamos un tiempo a Atlanta a convivir con nosotros y nunca dejo de ser una mamá. Por eso yo siempre digo que la Picha querida siempre fue una mujer silvestre, de corazón en llamas y fuego en la mirada.

Pedro Pablo Díaz Herrera

Mi Abuela Picha

Cuando la Pichita me pidió que escribiera sobre mi abuela Picha se me llenó el alma de alegría. Venía llegando de un retiro en donde recé mucho y le di infinitas gracias a Dios por la abuela que nos había regalado, un verdadero ejemplo de vida, de entrega y de amor.

Como dejar de recordarla si más que una abuela fue como una segunda madre, para todos, para mi hermano, para mí, inclusive para mi mamá, quien la recuerda con mucho cariño y amor.

¡Qué mujer tan maravillosa! Si uno estaba enfermo, la primera en saber y en estar ahí era ella, con su artritis que casi no podía caminar y con horribles dolores, y más encima con 39 grados de fiebre. ¿Y creen que se quejaba algo, o hablaba de sus enfermedades? No, al contrario, llegaba con una gran sonrisa: «¡Cómo está mi negrita linda!», le decía a mi mamá. Siempre dando consejos, preocupándose por todo y de todos, informando e informándose del más mínimo detalle. Llamando a las 12:00 de la noche para avisar que Miguelito estaba en la tele, y a las 9:00 de la mañana para saber si yo estaba yendo a clases.

Como dejar de recordarla en la casa del Polo en Cachagua en la pieza de la esquina, la más chica, y cediendo las otras piezas –más cómodas– aunque no estuvieran ocupadas. Su sorprendente simpatía, cuando vestía a las pololas de Miguel que aparecían medias «piluchas» en las revistas.

No puedo olvidar su inigualable hospitalidad. «Mariquita, tráigale de todo, bebida, torta, lo que tenga», «Véngase a almorzar, a tomar té, a comer, a dormir cuando quiera». Nos llenaba de su apoyo, su generosidad, su compañía y su protección. Además, poseía una gran fortaleza, que la hacía como inmortal.

Cristián Piñera Aninat.

«Hola, niñas: ¿cómo están?»

En 1973 unas señoras de la Parroquia de San Pedro, viendo la necesidad de la gente, organizaron una olla común en la población Nueva Colón en las Condes. Entre ellas llegó la tía Picha como se hizo llamar. Nos saludaba diciéndonos «hola niñas, ¿cómo están?» Nos sentíamos súper bien.

Hablo en plural porque es el sentir de mucha gente. La tía Picha nos subía el ánimo con su alegría y su humanidad. Antes de comer, hacía rezar a los niños por todos los necesitados y también por los gobernantes y se reía. Ahí estaba sanita, gracias a Dios.

En 1981 nos erradicaron de Las Condes aquí a la Alborada en Peñalolén. Fue desolador y triste para los pobladores. Pero ahí volvieron las señoras con nosotras. Con la hermana Meche se pusieron a trabajar y formaron un grupo que llamaron, las amigas de Nazaret. Todos los martes nos reuníamos a las 15:00 hrs. Eramos realmente amigas, nunca hizo diferencia entre ella y nosotras. ¡Cómo no recordar cuando fue a verme al hospital tan sencilla, tan amiga! «¿Cómo te sientes mijita? ¿estás muy adolorida?» Me llevó una mañanita celeste regalona de ella. Cómo olvidarla, para diciembre haciendo las bolsas de Navidad, últimamente sentada porque ya estaba con mucho dolor en su cuerpo, pero igual estaba.

Nos sentimos muy triste cuando el señor la llamó a su encuentro. Adiós, tía Picha siempre la recordaremos.

Sara Villagra,
pobladora de La Alborada de Peñalolén

Tú y tus revistas

Querida hermana, no te imaginas lo que siempre me impactó tu generosidad...

Ver tu grandeza de alma, en que siempre estabas mas preocupadas de los demás, que de ti misma...

Siempre tratando de compartir todo lo que tenías: ya sea un pedazo de torta, tus revistas, e incluso tu enfermedad, mostrando tus manos, sin darte importancia... Con gran sentido del humor, diciéndome que te dolía TODO, que ya nada estaba sano. Pero, tu alma era tan sana, alegre, generosa, transparente, simpática, auténtica, tan rebelde...

Al ver tanta gente reunida en tu despedida, me confirma cuántos te quisieron y apreciaron mientras estuviste aquí en la tierra. Me alegro, que por fin estés descansando en el cielo, junto a tantos que ya se han ido y que también te quisieron.

Carmen Echenique Rozas

«No eres bonita, pero...»

Algunos desayunos compartidos en la generosa casa del Polo en Cachagua, llenos de humor, me permitieron constatar «empíricamente» la gran sinceridad que siempre caracterizó a la señora Picha. Creo nunca la oí decir algo que no fuera completamente cierto o sincero en todos sus matices y expresiones.

Fue así como en una de esas mañana costeras cualquiera y hablando de la belleza humana ella con todo cariño me dice, «Lucecita, tu no eres bonita, sin embargo, eres...» y agregaba tantos adjetivos que hacían que uno se olvidara que Dios no la había dotado de esas cualidades. Fue así también como, en una de esas mismas mañanas y con la elocuencia que la caracterizaba, me sugirió hacer una mutación en mi vestuario matutino: cambiar mis clásicos pijamas calentitos de franela, por una coqueta camisa de dormir, así quizás permitía que el «esquivo» Polo se fijara en mi.

Eso no ocurrió pero igual seguí llamando a la que podría haber sido mi suegra.

—«Aló ¿quién es? Estoy muy ocupada... Ah, eres tu Lucecita querida, es que llaman todo el día, tu sabes»

—«Sra Picha, prenda la televisión que está... (cualquiera de sus hijos).

Agradecía sobremanera. ¡Que mejor noticia se le podía dar a quien era esencialmente mamá!

Luz Pacheco Matte

¡Nos hiciste reír!

Me han pedido que escriba algo sobre ti; la tarea es difícil, porque es inagotable.

¡Pensar que andamos navegando juntas por más de medio siglo! Tú ya anclaste, pero seguimos y este viaje no cesará.

Pasarán muchas cosas, pero tu corazón seguirá lleno de luces iluminando a todos los que te conocimos. A través de tu generosidad, tu entrega al prójimo, tu inteligencia, tu alegría, tu fuerza y tu viveza, nos dejaste tu gran sentido humano. ¡Cuántas veces nos hiciste reír y cuántas llorar! Todo lo guardamos.

Picha, el tiempo pasará pero será siempre prolongado en tu amor.

Paulette Piñera de Chadwick

El secreto

Los ojos de la tía Picha, achinados y vivos, su voz ronquita, su humor a flor de labios, sus frases breves, su modestia y una sonrisa que no duraba, porque casi siempre estaba seria.

En una carilla tengo que plasmar lo que guardo de esa prima hermana de mi madre, que en los últimos diez años fue parte integral de nuestra familia, presente en todas las ocasiones importantes y menos importantes, cariñosa, participante, creando su espacio propio con sus frases breves, incisivas y su total renuncia a cualquier forma de protagonismo.

Una carilla es un espacio pequeño, donde solo cabe un pensamiento, y éste es: la tía Picha supo ver y mirar. Si uno le enseña a leer a un niño, sabe que no basta con ver su persona. Además, y sobre todo, hay que ser capaz de mirarla. Y si uno es político, sabe que no basta con mirar el acontecer, además hay que ser capaz de ver el escenario en su conjunto.

No voy a contar anécdotas personales. Pero si diré que mi tía Picha, por un lado tan diferente de mi madre, pero –por otro– gran compañera suya, me enseñó a mirar y a ver, y a mirar viendo y a ver mirando.

Esto, que parece un juego de palabras, no lo es y como creo que la Picha está en el reino del Señor, le ofrezco ésta, mi sincera, cariñosa y muy agradecida despedida. En la esperanza de que por una vez, sin interrumpir mi parlamento, me acepte decirle lo que aquí está escrito.

Esteban Tomic Errázuriz

La Picha los hizo familia

Fue la suya una vida colmada de dones, de bienes y también de dolor. Fue una mujer fuera de lo común, no porque se distinguiera por acciones notarias o públicas, sino porque fue, en el más cabal sentido de la palabra, la mujer fuerte de que nos habla la Escritura.

Mantuvo a su familia unida a través de todas las vicisitudes políticas originadas por las distintas opciones de sus hijos en bandos al parecer, irreconciliables. Porque los Piñera Echenique son ante todo una familia. Y son una familia porque «la Picha» los hizo familia. Fue una constructora de familia. Fue un centro imantado de tolerancia, respeto, cuidado, centro de acogida amorosa e irreverente, risueña y «tallera», incondicional de cada uno de sus hijos, pero siempre honesta para decirles la verdad necesaria.

Hacer familia es, en estos tiempos, una hazaña no menor. Pudiera decirse, casi, que es la gesta heroica más necesaria para el mundo de hoy. El requerimiento central de un desarrollo humano; de la existencia equilibrada de una nación. Porque exige –de parte de quien se pone y se propone la tarea– abnegación, fortaleza, resistencia al dolor, y, en alguna parte secreta del ser, una fuente de gozo, de paciencia y de confianza en la vida.

Fue asimismo un centro de amistades y de servicio. Vivió en plenitud esas virtudes, de las que nunca habló. Porque son virtudes de las que no se habla. Simplemente son.

Tuve el privilegio de estar con ella una semana antes de su muerte, en un grupo de amigas reunidas para orar. En su silla de ruedas, atenta a todo lo que se decía, sentíamos entre nosotras su presencia lúcida y callada, su rostro sosegado. Sabíamos que sentía dolores. Pero de ella sólo emanaba paz. Paz anticipadora de su resurrección.

Marta Cruz Coke de Lagos

El cable a Tierra

Si mi papá era el mundo público y de las grandes ideas transformadoras de la sociedad, mi mamá era la tierra, el equilibrio, los valores, el rigor y la voluntad. Ella era la inteligencia práctica, esa que se usa en el día a día, que soluciona los problemas cotidianos y que, finalmente, hace feliz.

Tenía esa maravillosa forma de «estar» con nosotros, en el cual por un lado era el «ángel de la guarda», siempre preocupada de protegernos del más insignificante de los peligros y, por otro, «la voz de la conciencia», atenta a señalarnos –sin pelos en la lengua– lo que no correspondía, lo ridículo, lo exagerado, lo derrochador. Cuando alguien osaba ofendernos, inmediatamente asomaba sus garras para descalificarlo de entrada y sin derecho a réplica. Cuando alcanzábamos un éxito mundano o nos apartábamos de lo que ella estimaba lo correcto ahí estaba para recordarnos –con majadería– los verdaderos triunfos.

Nunca se dio cuenta de que habíamos crecido por lo cual nos trató como niños hasta el último. «Avísame cuando llegue, aunque sea las cuatro de la mañana», «Llámeme para contarme como le fue», eran órdenes cotidianas. Confieso que las hecho de menos y, sobretodo, que la hecho mucho de menos.

Sebastián Piñera Echenique